

cion, que habian jurado mantener. En fin el rey mismo los convidó á la reunion, y dudaron aun, pero sus presidentes el ^{27 junio.} duque de Luxembourg, y el cardenal Rochefoucauld les presentaron la vida del rey comprometida, si resistian mas tiempo; apoderandose, con ansia, de este pretesto, para ceder, sin demasiada verguenza, á las órdenes del pueblo, se fueron con lentitud, y tristemente á la cámara comun, en donde la asamblea nacional los recibió, con transportes de la doble alegría, de una reunion, que hacia ver un porvenir risueño, y de un triunfo ganado sobre el enemigo, que, en otro tiempo, se temia mucho ofender. De este modo, cuatro dias despues de la sesion real, anulando las órdenes, que habia intimado contodo el aparato del poder, obedeció, por la primera vez,

á una autoridad mas fuerte que la suya, y rindió homenaje á la revolucion victoriosa.



§ IV. Intrigas de la corte. — Egercito del Mariscal de Broglie delante de Paris. — Destierro de Necker. — Movimientos de insurreccion.

Sin embargo la corte estaba lexos de considerarse, como enteramente vencida, y aunque no se atrevia á herir directamente, lo hacia por medio de la intriga. Un ministerio oculto, con la sombra del ministerio público, hacia tomar resoluciones contrarias á las que se anunciaban publicamente. Necker, á quien el rey jamas amó, estaba muy expuesto al odio de todos los cortesanos, porque persuadieron al monarca, que sus consejos habian hecho nacer la

sedicion; y que su destitucion y un sistema contrario al suyo, apoyado por la fuerza, bastarian para apagarla. Paris era el centro, y el sitio de la opinion pública, y era necesario asustarle, y apagarla. El rey, sin ceder á los deseos de sus cortesanos, sin combatirlos, é incierto entre sus ministros y favoritos, entre la asamblea nacional y los privilegiados, titubeaba, y dudaba; pero acababa, siempre, por ceder á los perfidos pareceres de los que manifestaban mayor celo, por su poder y su persona: seria injusto tacharle esta debilidad, porque es natural mirar, como legitimo un derecho, que se goza: rodeado, é instado, por gentes, que le proponian, cada dia, partidos los mas violentos, que no aprobaba enteramente, creía necesario, sin embargo, poner en egecucion, aun,

medios, que ya le habian salido mal: fuerzas imponentes compuestas, en gran parte, de cuerpos extrangeros, rodeaban la capital, y los cortesanos muy contentos hacian alarde de manifestar su desprecio á los diputados populares, y amenazandoles indirectamente por todas partes.

Mientras este tiempo el espíritu público hacia, cada dia, nuevos progresos, y Paris parecia estar ya sometido á la sola soberania del pueblo: se formaban grupos y reuniones, á cada paso, y se hablaba de libertad, é igualdad en los cafés, y demas sitios públicos de los que hacian el teatro de discusiones politicas. Las disposiciones de la corte repartian la alarma; pero se oponia por otra parte un punto de apoyo, y la asamblea nacional inspiraba tal con-

fianza, que se veía, en todos los puntos, el designio de la resistencia, y la convicción del suceso.

El palacio real fué un verdadero punto de reunion; en donde se trataba, día, y noche, de los intereses de la nacion, y todo París tomaba parte en estas deliberaciones: los soldados, que asistieron, se animaban, á la vista de este entusiasmo, que se apoderaba de ellos inmediatamente: casi todos respondian al pueblo, que les preguntaba si harian fuego contra sus conciudadanos, que su causa era la causa nacional, y que no se separarian de ella jamas; muchos guardias franceses dexaron sus cuarteles, en donde sus gefes los tenian consignados, por venir al Palacio real, á manifestar sus sentimientos patrioticos; abrazos y aplausos pagaban sus generosos senti-

mientos: la autoridad creyó de su deber proceder contra ellos habiendose sabido en París, que once de estos militares estaban detenidos en la abadía, de donde debian ser transportados á Bicêtre, receptáculo impuro, destinado á recibir lo que la perversidad tiene de mas hediondo; la inquietud del pueblo se mudó en furor con esta noticia, é hizo gritar mil veces *á la abadía! á la abadía!* Corrió inmediatamente á este punto, y forzó las puertas: los dragones, y husares, que se llamaron, para rechazar el tropel, baxaron las armas y se negaron á hacer uso de ellas: fueron saludados por los mas vivos aplausos, y los presos, libertados, quedaron, baxo la salvaguardia de los ciudadanos, y la capital.

La asamblea nacional recomendó el 2 julio.

orden á los Parisienses y suplicaron al rey, en favor de los presos, que se habian puesto en libertad, por la fuerza: estos volvieron á tomar sus espadas, y el rey los perdonó. Paris quedó tranquilo en la apariencia; pero ocultaba, sin embargo, el germen de la crisis mas terrible.

Una circunstancia moderó, mas tarde, los movimientos de la capital y debemos, aquí, hacer mencion de ella. Los electores de Paris, cuyos poderes cesaron desde la redaccion de las actas, y el nombramiento de diputados, se reunian aun y deliberaban, sobre los intereses del pays: este consejo de ciudadanosenvió diputados á la asamblea nacional; que, sin fixar su atencion en la legalidad de su accion, por la necesidad, en que se hallaba, de buscar apoyo en el pueblo,

los recibió con placer. Continuaron sus sesiones y mas tarde, fué una dicha, para la capital, que preservaron del pillage y la esclavitud. Veamos ahora lo que pasaba en la asamblea.

Bailly dexó sus funciones, y habiendose negado el duque Orléans, tomó la presidencia el arzobispo de Vienna. Muchas comisiones se nombraron, para preparar el trabajo de la constitucion. Despues de la verificacion de los poderes, Mounier presentó un plan de acta constitucional, que todos hallarian sabia en el dia; pero que el espíritu de partido hizo desechar, entonces, por los aristocratas, y los que querian llevar la revolucion mas lexos, que lo que convenia al interes de la nacion. La asamblea discutió las primeras bases de este nuevo plan, y su calma Augusta,

su noble sencillez, en las escenas tumultuarias de Paris, y la loca borrachera de la corte, le aseguraron la estimacion y respetos de toda la Francia. Muy pronto Versalles y la capital, fluctuando entre el atrevimiento, y el terror, supieron que las tropas, reunidas en los alrededores de Paris, formaban un verdadero egercito, que tenia por gefe al mariscal de Broglie, y por cuartel general el palacio de Versalles. Mirabeau denunció este ataque, contra la libertad de la representacion nacional; hizo decretar una representacion al rey, en la que, se le pidiese, que separase las tropas y formase una guardia nacional, destinada á mantener la tranquilidad pública; y se negó protestando la pureza de sus intenciones, convidando á la asamblea se trasladase á Soissons, sino

se creía libre en Versalles, rodeada de tropas, que le impedian el apoyo de la capital. Mirabeau propuso aun otra representacion, que fué desechada: la asamblea continuó sus trabajos y, en medio de la turbacion, y el terror de ^{11 julio.} todos los espíritus, Lafayette leyó esta famosa declaracion de los derechos que, asegurandole la estimacion de la posteridad, fué la mayor causa del odio, que le profesó una parte de sus contemporaneos.

En fin, la corte quiso dar los últimos ^{Idem.} golpes, y para ensayarse, en las violentas escenas, que preparaba, empezó por mandar salir á Necker del consejo del rey, que habia ilustrado, y de la Francia á quien habia servido: recibió el 11 de julio, por la tarde, la orden de dexar secretamente, el reyno, é inmediata-

mente, sin dar lugar, á que se apercibiese su desigño, abandono, como fugitivo, nuestro desgraciado pays, llorando su libertad perdida, sino tenia bastante fuerza para reconquistarla, y á su monarca infeliz arrastrado á su perdicion, por consejos imprudentes.

Seria difícil pintar la efervescencia, que este destierro causó, viendo que la corte descubría sus desigños, por esta providencia, y que su tranquilidad, y su dulzura eran fingidas, y ocultaban siniestros proyectos. La fuerza brutal, opuesta al deseo popular; las formas despoticas de la media edad, en el centro de la civilizacion moderna; el miedo próximo de los escesos de la soldadesca disparada contra los ciudadanos apacibles, y del reynado del sable, reemplazando el porvenir, que se esperaba

de los trabajos de la asamblea; la perspectiva horrible y cierta del suplicio, destinado á los mas generosos defensores del pueblo, se presentaba á las miradas de todos, y una repentina explosion mudó el aspecto de la capital: el espanto, el dolor y el entusiasmo enérgico se dividieron en las almas; cada uno buscaba en el semblante, y miradas de los que le rodeaban, los mismos sentimientos, y comunicaba á los demas su colera, y su atrevimiento.

Los bustos de Necker, y del duque de Orleans, rodeados de gasas fúnebres, fueron paseados en la capital, y soldados extranjeros atacaron los ciudadanos, que los llevaban, derribando muchos, y maltratando las imagenes amadas. El principe de Lambesc, precipitandose en medio del jardin de Tullerias, hirió

á un viejo indefenso: los unos huyeron refugiándose, asustados, hacia las puertas, y otros se resistieron, arrojando piedras á los husares del real alemán: los guardias franceses se colocaron, entonces, baxo las banderas de sus conciudadanos, y dispersaron estos atrevidos extranjeros. Por todas partes se animaban á la resistencia, y se prometían ayuda, y asistencia mutua en el peligro.



§ V. Revolucion del 14 de julio.

Besenval¹ asustado del movimiento popular hizo retirar de Paris los regimientos que le inquietaban y los ciudadanos entónces se prepararon á sostener un sitio. Camilo Desmoullins, joven exáltado, famoso despues, por un fanatismo deplorable, y por una muerte noble y animosa, gritó á las armas el primero en el Palacio Real, enarbolando una cucarda verde en señal de reunion, y todos los Parisienses la adoptaron en el momento: los árboles fueron despojados de sus ramas, y los ciudadanos se adornaron con ellas, repitiendo, mil veces, *á las armas!*... Todos los instrumentos,

¹ Commandante segundo de Paris baxo las ordenes del principe de Broglie.